

Mi hermano tenía un perro llamado Firulais. Firulais era muy travieso, y mi hermano era muy descuidado. Un día vi a Firulais que se escapó y lo encontré en el jardín de mi vecino. El perro estaba jugando con el hijo del vecino, llamado Paco, estaban jugando a la pelota, aunque el perro era algo torpe, se estaban divirtiendo. Como estaban haciendo mucho ruido salió Andrea, la hermana mayor de Paco, y como estaba muy molesta pidió a Paco que entrara a su casa, tomó a Firulais y se dirigió a mi casa.

Andrea le dijo a mi hermano que porqué no cuidaba su perro Firulais, porque estaba haciendo mucho ruido. En lo que estaban platicando escucharon unos ruidos extraños que venían del piso de arriba del cuarto de mi hermano: era Firulais que acababa de hacer un desorden tirando las cosas que estaban sobre su mueble. Debido a este ruido subimos rápidamente, acto seguido nos percatamos de que uno de estos muebles le cayó encima provocando que quedara atrapado.

Nos dimos cuenta de que Firulais tenía una pata rota, por ello, lo llevamos al veterinario y tras un par de horas éste nos dijo que nuestro perro tenía que permanecer ahí dos días más para confirmar su estado de salud ya que su inquietud se debía a problemas de pulgas. Firulais se quedó en el hospital mientras Andrea lo esperaba angustiadamente y Paco, aunque quería quedarse en el hospital, tuvo que regresar a escombrar los estragos del can. Por suerte las heridas no fueron tan graves, y cuatro horas después Firulais regresó a casa sin pulgas y con la pata entablada. Paco, al sentirse culpable, cuidó a Firulais toda la noche y aprendió que no debía llevarse los frascos del escuadrón 731.